



Hay muchas maneras en que la filosofía puede ser de gran valor, tanto para la formación periodística como para el ejercicio profesional del periodismo. No se trata aquí de hacer un estudio comprensivo, sino simplemente de sugerir algunos de los puntos nucleares que es preciso captar si hemos de pretender el entendimiento cabal de la relación entre la filosofía y el periodismo. En años recientes han aumentado las relaciones entre estos dos campos. Este artículo se escribe con el deseo de estimular más intercambios aún.

## 1. La filosofía como fuente importante para los periodistas

La filosofía constituye: un campo rico, y en él hay muchas cosas que se pueden proporcionar a los periodistas y a los estudiantes de Periodismo, Para ilustrar este hecho voy a considerar unos cuantos casos que giran en torno al uso periodístico de los trabajos filosóficos, al desarrollo del análisis de conceptos que son impactantes para el periodismo y a la aportación de la teoría ética en el ejercicio de la profesión periodística.

En primer lugar, existen *textos* filosóficos importantes, que datan desde los tiempos más remotos hasta los más recientes. Son, a la vez, estimulantes intelectualmente y útiles en lo que se refiere a las ideas que proporcionan. Algunos nos dan cuenta del Estado justo o de la defensa de la prensa libre; estos aspectos pueden ser de gran interés para el periodista. Otros textos filosóficos versan sólo indirectamente sobre la conducta del periodista, pero no por ello dejan de ser importantes.

Segundo, hay que subrayar la importancia de las *teorías* filosóficas. Estas engloban un abanico muy amplio de temas. Las teorías filosóficas no compiten con las científicas, sino que se complementan mutuamente. De hecho, las teorías filosóficas son importantes, en parte, porque nos permiten interpretar las teorías científicas y aplicarlas a la vida diaria. Por ejemplo, hay teorías éticas, epistemológicas y antropológicas; hay teorías materialistas que se oponen a las teorías dualistas. Una teoría de la ética nos puede ayudar a decidir cómo hemos de invertir unos recursos escasos en la investigación científica. Una teoría del conocimiento nos puede ayudar a evaluar afirmaciones científicas opuestas en áreas en las que alguna política pública de envergadura puede depender de nuestra decisión, Una teoría filosófica no es, ciertamente, una fuente necesaria de soluciones a problemas concretos. Esto es algo que Sartre, por lo visto, no fue capaz de apreciar en su famoso ensayo "El existencialismo es un humanismo" (1946), en el que criticó el kantianismo y el utilitarismo sobre la base de su indecisión en torno a lo que habría de hacer un cierto muchacho en tiempos de guerra: unirse a la Resistencia francesa a costa de abandonar a su madre, o quedarse con ella a costa de fallar a la patria, Tales casos representan el tipo de dificultad moral para la cual no proporciona ninguna solución obvia una teoría ética verdaderamente sensible. Podrían compararse a casos en los que los datos científicos disponibles sirven con igual fortuna con respecto a dos teorías opuestas, de tal modo que nos toca decidir cuál de las dos merece nuestro apoyo cara a la ardua tarea de la comprobación. Incluso la mejor teoría no tiene por qué proporcionar una solución. Pero esto no quiere decir que no nos ayude: podrá, cuando menos, ayudarnos en la eliminación de respuestas erróneas y en la justificación de las respuestas que elegimos.

En tercer lugar, quiero dejar sentado que la filosofía es, entre otras cosas, la

*metadisciplina* por excelencia: se ocupa del estudio de la estructura y de los conceptos de varias disciplinas, incluyendo la suya propia. De hecho, como ya se ha sugerido, una de las tareas más importantes de la filosofía es la de permitirnos captar el significado de las teorías científicas, tales como las teorías de la inteligencia, de la conducta en general o del origen del universo físico. Ya no es posible, hoy en día, ser formado sin un conocimiento general de las ciencias, y parte de este conocimiento es filosófico. Tiene que ver, por ejemplo, con la naturaleza de la evidencia científica y de sus teorías. Pasar por alto o reproducir erróneamente los resultados de la ciencia es un peligro que los periodistas habrán de evitar. Pero, al mismo tiempo, habrán de evitar el planteamiento ingenuamente filosófico de que estos resultados simplemente han de ser considerados como correctos, sin más. Como demuestra la historia de la medicina, la ortodoxia de una época histórica pasa a ser un pasado oscuro en la siguiente época.

En cuarto lugar, creo que la filosofía proporciona *métodos* que pueden usarse en cualquier campo de aplicación. Existe el método del ejemplo y del contraejemplo: el desarrollo de ejemplos para refinar, o – si fuera necesario – falsificar generalizaciones. Están las técnicas del análisis y de la síntesis: la síntesis filosófica exhibe los componentes de un concepto importante, conecta los distintos conceptos dentro de una estructura unificadora. Tenemos la estrategia de la deducción de consecuencias desde una postura determinada, como modo de ver a qué se está uno comprometiendo. Está la construcción de analogías y de metáforas como modos de interpretar y evaluar las ideas. Y también hay otros métodos característicos de la investigación filosófica que, con todo y de igual modo que los anteriormente mencionados, no quedan restringidos a esta investigación.

Hay un punto final por mencionar aquí: la filosofía proporciona *estructuras intelectuales*, cosmovisiones en una palabra. Por ejemplo, el empirismo, el racionalismo, el naturalismo, el pluralismo metafísico y, desde luego, el deísmo (entendido como una visión metafísica no ligada a ninguna teología particular). Puede ser deseable que un periodista obre desde alguno de estos marcos de referencia, aunque sea tentativamente. Pero incluso si uno no procede desde una cosmovisión definitiva, sí hace falta conocer las principales posturas en torno al mundo, que constituyen las alternativas de una cultura o de un período histórico determinados.

## **2. La filosofía como fuente de concepciones para el periodismo**

Una concepción del papel del periodismo en distintas sociedades queda implícita en cualquier filosofía sociopolítica de envergadura. Compárense, por ejemplo, la democracia y la monarquía. Una filosofía que aboga en favor de la democracia concebirá a la prensa de modo distinto en comparación con aquella que defiende la monarquía u otra estructura oligárquica, aunque puede haber solapamiento entre estas concepciones diferentes. Una variable importante aquí es ver qué aspecto del periodismo tenemos en mente: las filosofías democráticas y no democráticas mantendrán opiniones diferentes en tomo al papel de la prensa como vigilante con respecto a los gobiernos, pero tanto la una como la otra considerarán que una de las funciones principales de la prensa es la de proporcionar información esencial para la salud pública o para la realización de las tareas cotidianas.

Un problema muy discutido en el área de la ética periodística es el de ver cómo la

prensa ha de conseguir el adecuado equilibrio entre el mero ofrecimiento de información sobre las actividades del gobierno por un lado, y, por el otro, la prestación de apoyo incondicional al gobierno de la nación o a un partido político determinado, sea el que forma el gobierno u otro. Una buena teoría sociopolítica habrá de proporcionar, por lo menos, un esbozo de solución al problema del equilibrio.

En parte, la solución del problema del equilibrio reside en que la prensa desarrolle la *división de funciones*. La función de informar es una cosa, otra muy distinta es opinar editorialmente. La fiabilidad de la actividad reportera de un periódico no puede depender de su postura política. Lo mismo se aplica a la radio y a la televisión. En la actividad editorial, por el contrario, la prensa puede tener una voz política adecuada. Según algunos planteamientos filosóficos, es menester que tenga una voz política, o por lo menos es conveniente que la tenga. Pero *tener* una voz política no es *ser* una voz política. Cualquier filosofía sociopolítica requiere que la prensa no sea un mero instrumento político. Los periodistas no pueden reducirse sólo sobre la base de su política.

### **3. La filosofía como medio de explicar conceptos esenciales en el periodismo**

Muchos de los conceptos básicos que se usan en la enseñanza y en la práctica del periodismo están muy necesitados de análisis. Los conceptos filosóficos pueden ayudar a desarrollar el tipo de análisis que se requiere. Voy a ilustrar esta cuestión en relación con tres ejemplos importantes.

Considérese, por ejemplo, la *objetividad*, ¿Qué es la objetividad? ¿Ser objetivo es coherente con adoptar una postura determinada sobre una cuestión particular? Yo mantengo que la objetividad no entraña *no estar comprometido*, aunque hay personas que mantienen lo contrario. Si esto fuese correcto, entonces ningún juez podría decidir en favor de una de las partes interesadas. Tampoco hemos de identificar la objetividad con los *meros hechos*. Uno puede citar los meros hechos pero desde una postura distorsionada, como cuando sólo da a conocer los hechos que se refieren a una única parte de una disputa. Un periodista puede ser objetivo y, sin embargo, no citar los hechos exactos, como en el caso de temas hipotéticos o abiertos a la evaluación, Como sugiere todo esto, yo entiendo la cita de los hechos correctos como una manera específica de decir la verdad, pero no cualquier tipo de verdad. Se puede emitir un enunciado para condenar un régimen – supongamos que es injusto – y ese enunciado puede ser verdad, pero su verdad es una cuestión de la interpretación de hechos y no simplemente la expresión de un hecho entre muchos.

Otro problema engorroso es el de la *exactitud*, La exactitud no es una cuestión de una mera cuantificación o de estadísticas. De hecho, la cuantificación va más allá de la evidencia en manos de uno o excede la finura del procedimiento de la medición muchas veces; esto no es exactitud, o, si se quiere, puede ser una afirmación gratuita. Por ejemplo, no se puede decir que Fulano es el doble de listo que Mengano por el hecho de haber sacado el doble de puntuación en una prueba de inteligencia. Las medidas de inteligencia simplemente no admiten comparaciones proporcionales. A veces ocurre, sin embargo, que la cuantificación – o simplemente una aureola científica – puede conducir a un reportero a tolerar inexactitudes en una fuente, cuando lo preciso sería plantear una serie de preguntas claves para colocar las cosas en su correcta perspectiva, sin que por

ello sea necesario adoptar una postura editorial.

Voy a ofrecer un ejemplo de un artículo noticioso de grandes repercusiones en la prensa; más allá, probablemente, de las que se merecía. En el *Lincoln Journal* del 12 de diciembre de 1988, apareció un artículo de la *Associated Press* que proclamaba a grandes titulares: "Un estudio concluye que la televisión no tiene efectos más que marginales sobre la educación". La frase introductoria dice así: "No existe ninguna evidencia científica para apoyar la creencia generalizada de que los deberes escolares realizados delante de la televisión son de inferior calidad en comparación con los deberes hechos sin la televisión encendida, según afirman dos psicólogos". Sólo dispongo de espacio para cuatro afirmaciones en torno a este artículo, tres de las cuales tienen la finalidad de ilustrar el valor periodístico del entendimiento filosófico de la interpretación de la evidencia científica. En primer lugar, el titular no está justificado por el texto. Se citan repetidamente a los psicólogos en el contexto de "la falta de evidencia" sobre los efectos nocivos de la televisión con respecto al rendimiento escolar. Aparentemente, no *deducen* la conclusión – que no se sigue de la mera ausencia de evidencia – de que la televisión *no tiene* un efecto negativo. El titular, "Un estudio no revela efectos negativos de la televisión sobre los estudios", hubiese sido más exacto, pero sin duda menos llamativo. Segundo, el artículo no dice nada acerca del alcance del estudio. El estudio no se describe en términos comprensivos y, aunque lo fuese, a lo mejor no podría concluir nada excepto que *no se ha encontrado evidencia* de que la televisión tiene efectos negativos. Tercero, uno se pregunta si los estudiantes que se toman la molestia de hacer los deberes "viendo la televisión" no serán, más bien, alumnos más motivados y, por lo tanto, una pobre muestra de la cual sacar conclusiones acerca de los efectos educativos de la televisión. Cuarto, el artículo empieza, como suele ser común en tales casos, con lo que yo llamo el *modo afirmativo*: con una afirmación aparente de aquello que de hecho no es un hecho ni la opinión del reportero. Esto está en contraste con lo que pudiéramos llamar el *modo atributivo*, según el cual uno atribuye abiertamente una afirmación; por ejemplo: "Según dos psicólogos...". No existe ninguna fórmula sencilla para las decisiones correctas en torno a qué modo hay que utilizar en tales artículos periodísticos. Pero en vista de la calidad cuestionable del razonamiento aparente de los investigadores en este caso, tampoco hubiese sido excesivamente descortés haberse distanciado un poquito más de estos "hallazgos" y haber utilizado el modo atributivo.

Una noción relacionada de gran importancia periodística es el *equilibrio*. El equilibrio es de esos asuntos que requieren la sabiduría práctica de Aristóteles. No es, por ejemplo, la mera representación de todos los planteamientos posibles. Algunos planteamientos son irresponsables. Por lo tanto, no ha lugar a que se informe de ellos, aunque sí puede ser que sean lo suficientemente interesantes o importantes como para justificarlo – como en el caso de opiniones racistas, por ejemplo –. Incluso en la ausencia de puntos de vista irresponsables sobre un determinado tema, puede ser que los que hay sean tan numerosos que el reportero no tenga más remedio que seleccionar una muestra o realizar una clasificación sin distorsionarlos. Aquí están presentes las dimensiones ética y editorial. Un reportaje equilibrado sobre una discusión política puede prestar más atención al número de defensores de una postura determinada, que a la probabilidad de que esa sea la correcta. En contraste, un redactor editorialista no está tan limitado por los números y puede alcanzar un mayor equilibrio sobre la base de seleccionar las posturas más plausibles sobre la cuestión (o cuestiones) en el candelero. Incluso aquí,

no obstante, los meros números tienen algo de peso, especialmente en una democracia – o dentro de cualquier sociedad, a decir verdad – cuando se trata de temas políticos. Una postura adoptada por muchas personas es digna de ser reproducida en la prensa, incluso si desde el punto de vista de la solidez de esa postura hay que hablar de irresponsabilidad.

#### **4. La filosofía como fuente de enfoques para problemas periodísticos básicos**

Una vez más, es apropiado ilustrar algunos problemas que parecen especialmente importantes para la enseñanza y la práctica del periodismo. No pretendo ser exhaustivo, pero sí voy a citar cuatro casos.

En primer lugar, cualquiera de los medios de comunicación tiene que enfrentarse al problema de la *selección*. ¿A qué hay que dar cobertura? ¿Qué hay que publicar? Una manera de decidir es la consideración de las necesidades del público. Para un periódico, un criterio de peso puede ser la necesidad que tiene el público de ser informado en torno a los candidatos o a las políticas sobre los cuales habrán de decidir luego. Pero también hay que tener en cuenta el mero interés. En ausencia de otros factores, los medios han de intentar interesar a su audiencia o a sus lectores. De hecho, si no se hace este esfuerzo, seguramente habrá un colapso económico. Esto nos lleva a un tercer criterio de selección – que es el utilizado con más frecuencia, me sospecho – ; la rentabilidad. Un periódico o una emisora tienen derecho a sacar beneficios económicos. Pero en mi opinión no se puede concebir ni al uno ni a la otra como meros negocios. El periodismo es una profesión, y yo considero que los verdaderos profesionales tienen, hasta cierto punto, la obligación de frenar su motivación económica. Como sabemos, algunas de las cosas que reportan beneficios conciernen a las vidas privadas de los famosos. El respeto a la *intimidad* habría de ser un factor importante en la selección. En esto hay dos niveles. Uno es la *selección temática*, que es la selección de las personas o temas que se van a tratar; el otro es la *selección informativa* dentro del tema seleccionado: la selección *entre* las fotos o declaraciones disponibles para la publicación.

En segundo lugar, considérese la cuestión de la *independencia*. En ausencia de otros factores, los medios de comunicación habrían de independizarse de las presiones políticas, de los intereses económicos y de las doctrinas religiosas. Pero, claro está, estos otros factores no están ausentes. De hecho, algunos órganos comunicativos son propiedad de partidos políticos o de iglesias. Esto, a su vez, suscita la cuestión de si es de provecho para una sociedad libre y democrática, preservar la independencia de los medios de comunicación, o, por lo menos, de algunas instituciones principales. Topamos aquí, pues, con dos problemas: el del significado y de los ideales de la independencia de los medios, y el del significado y de los ideales en los medios. La independencia de los medios puede ser amenazada, por ejemplo, por los gobiernos o por los anunciantes que aportan una financiación requerida para la supervivencia del periódico o de la emisora. La independencia en los medios puede recibir la amenaza de editores o propietarios comprometidos, que, igual que los gobiernos o los anunciantes, buscan dar publicidad a sus puntos de vista o a una determinada política editorial.

Otro campo problemático muy diferente es el del *carácter confidencial* de las fuentes. Una dificultad de envergadura aquí es el problema de decidir bajo qué condiciones se ha de otorgar un carácter confidencial a una fuente, y, secundariamente, bajo qué

condiciones se ha de revelar esa fuente. Por un lado, el lector o la audiencia pueden querer información acerca del origen de la noticia; por el otro, las fuentes pueden estar dispuestas a dar informaciones valiosas sólo a cambio del respeto de su carácter confidencial. Yo creo que la confidencialidad ni ha de prometerse ni, es particular, romperse, salvo en casos muy excepcionales. Una vez más, no hay ninguna regla sencilla aquí, a no ser que sea la que dicta que se procure adquirir información de una fuente sin tener que prometer que no se va a desvelar esa fuente. Ha de notarse que el tema no es sólo uno que gira en torno a lo que pudiéramos llamar la *información preposicional*. El problema se extiende hasta alcanzar a la *información pictórica*. El uso de una fotografía podría dar a conocer la fuente. También podría *invadir la intimidad*, como en el caso de un periódico que publica una foto de un hombre y de una mujer que se están entrevistando en un club privado para discutir un tema que no es, en absoluto, de la incumbencia del público. Ahora bien, si el hombre resulta ser el Presidente de la nación, entonces puede que aquello que de otra manera sería una invasión indebida de la vida privada, resulte ser algo digno de ser revelado. A veces puede costar mucho tener que decidir razonablemente acerca de estos casos.

El cuarto campo problemático que hay que mencionar aquí es el de la *decencia y el respeto en la publicidad*. La publicidad ejerce una inmensa influencia, y por eso ha de elegirse y diseñarse con cuidado. Los medios son ahora muy dependientes de la publicidad, lo cual no quiere decir que no tengan capacidad de negociación con ella. Pueden forzar la veracidad y la decencia; pueden realizar estudios para comprobar si es verdad que lo sensacional es mejor táctica para vender que otras alternativas, como se suele pensar generalmente; pueden recordar al público de su propia capacidad de expresión, sea verbalmente o mediante el consumo; pueden maniobrar entre varios anunciantes. Esto no significa la sugerencia de que se admita la censura. No propongo el acortamiento de derechos, incluso derechos tendentes a la publicidad ofensiva en la prensa o en los medios radiofónicos. Mi finalidad es simplemente la de fomentar el ejercicio de los derechos por medio de la búsqueda voluntaria de ciertos ideales. Lo que entra dentro de nuestros derechos puede no ser ético, incluso si es protegido. Los derechos pueden entrar en conflicto con la responsabilidad.

## **5. La filosofía como fuente de normas evidenciales**

En esto hay una serie de problemas relacionados. Lo que los unifica es la preocupación en torno a la validez de la justificación de uno antes de representar algo como verdadero y así ejercer, en potencia, una influencia sobre el curso de los acontecimientos.

Un problema en esto es el de averiguar la necesidad de corroborar las fuentes. ¿Qué grado de credibilidad ha de garantizar una fuente? Cuanto más importante sea el tema en cuestión, tanta más credibilidad se requiere, especialmente si uno ha de fiarse de una fuente, no sólo mencionarla. Si el relato es capaz de derrumbar a la presidencia, entonces más vale que las pruebas sean válidas. Por otro lado, puede parecer, en el mejor de los casos, poco democrático no utilizar esa misma norma de credibilidad en el caso del alcalde de una pequeña ciudad. Se trata aquí de una de esas comparaciones clásicas que requieren que se decida hasta qué punto es importante un asunto según el número de personas involucradas o potencialmente afectadas. La noción de la independencia de las fuentes hace surgir sus propias preguntas acerca de las normas evidenciales. Por ejemplo: ¿cuántas fuentes independientes se han de consultar, antes de

estar seguros de poder justificar una afirmación controvertida? ¿Y qué margen hay que otorgar a una fuente para poder fiarse de su independencia con respecto a otras fuentes posiblemente conectadas?

Es en los editoriales, sobre todo, donde esperamos que la prensa ofrezca argumentos que demuestren la veracidad de sus afirmaciones. Los argumentos quedan sujetos a un sinnúmero de criterios. Está la norma *lógica* de la validez, allá donde un argumento válido es aquel en el que es absolutamente imposible que su premisa o sus premisas sean verdaderas y su conclusión falsa; también está la contrapartida inductiva de la validez, a saber, un alto grado de probabilidad conferida en torno a una conclusión merced a la premisa o premisas. Está la norma *material* de verdad, que es aplicable a las premisas y a las conclusiones. Hay la norma *epistemológica* de la justificación de todas las proposiciones en un argumento, (Esta difiere de la norma material por cuanto que las proposiciones pueden demostrarse mediante la evidencia fidedigna, sin que por ello sean verdaderas, como es el caso cuando la evidencia, en última instancia, es engañosa). Y también hay normas de *relevancia*: un argumento claramente coherente no ayuda para nada si la conclusión a la que llega no es la que ha de justificar el editorial. Por otro lado, algunas cosas son obvias o bien conocidas y por lo tanto no necesitan ser defendidas mediante una argumentación. Si bien atisbo que en los Estados Unidos, al menos, los editoriales sufren de demasiada poca argumentación o de una argumentación en exceso débil, y no de un exceso de argumentación o de una argumentación demasiado elaborada innecesariamente, ha de decirse que pecar por exceso en la argumentación – o sea, discurrir por encima de la necesidad de una fundamentación suficiente – puede ser, a la vez, engañoso y aburrido.

El último tema general que quiero abordar bajo el epígrafe de la evidencia es el de la determinación de la credibilidad de una fuente. Existe el peligro doble del escepticismo y de la ingenuidad. Ignorar una fuente que no parece sólida puede ser poco razonable, y creer una fuente que es meramente aguda puede ser peligroso. Los reporteros, creo, tienen una obligación *prima facie* de escuchar a prácticamente todos los que ofrecen información acerca de cualquier tema de importancia. Pero también habrán de considerar factores tales como los intereses creados, las fuentes del error, la consistencia de los relatos, tanto internamente como en relación con otros relatos.

## **6. La filosofía como fuente de liderazgo cultural y de crítica social**

Esta subdivisión incluye dos puntos muy generales. La filosofía puede proporcionar el liderazgo *de una cultura*, como cuando articula ideales para una sociedad en su conjunto, como hizo Locke en sus obras que tuvieron una influencia sobre la Declaración de Independencia americana, o Marx y Engels con respecto a Rusia. También puede proporcionar un liderazgo *en una cultura*, como cuando proporciona un modelo de racionalidad que tiene una influencia sobre una fase de la vida en sociedad. La influencia de John Dewey sobre la educación en los Estados Unidos podría ser un caso de liderazgo en la cultura norteamericana.

Por el lado negativo, la filosofía puede criticar las tendencias culturales importantes, sean morales o políticas o intelectuales o religiosas. Esto es especialmente apropiado cuando las pautas son iniciadas o continuadas, en gran medida, por los filósofos. Ciertas formas de relativismo ético pueden ilustrar ambos planteamientos. Por ejemplo, el

positivismo lógico era un factor importante en el fomento de un tipo de relativismo. Me refiero al relativismo metaético, en contraposición al relativismo descriptivo, esto es, el punto de vista epistemológico según el cual no hay ningún método racional en la ética, en contraposición a la afirmación meramente descriptiva de que las convicciones morales de la gente varían según la cultura en la que se halla y el modo en que fue criada. Por el contrario, la teoría ética reciente parece estar moviéndose en otra dirección, hacia una concepción de la ética como objetiva, aunque susceptible de fallos. Este planteamiento objetivista acentúa las semejanzas, y no las diferencias, entre la ética y la ciencia.

Algo más habremos de decir en torno al lugar de la teoría ética en una cultura y, específicamente, en el periodismo. Aquí tengo tres puntos para desarrollar.

En primer lugar, no debe pensarse que uno puede ser ético, incluso sofisticada y escrupulosamente ético, sin el dominio de una teoría ética. Los juicios morales, a menudo, se conocen o se creen racionalmente mediante la intuición o, por lo menos, mediante el sentido común. Estos juicios y principios morales del tipo ordinario que guían nuestras promesas y afirmaciones, nuestras distribuciones y retribuciones, nuestra bondad y nuestra réplica, son los datos en torno a los cuales las distintas teorías éticas intentan dar una explicación, pero no son propiedad exclusiva de ninguna de ellas. En segundo lugar, como queda claro por lo dicho hasta ahora, es posible tener diferencias para con la teoría ética y estar de acuerdo acerca de casi todos o de todos los asuntos morales concretos. El estudio de Kant o de Mill, por ejemplo, sugiere que a pesar de sus teorías morales profundamente encontradas, los dos hubiesen mantenido muchas de las mismas prácticas morales como esenciales para la vida civilizada.

En tercer lugar, el valor de una teoría ética no sólo reside en sus decisiones morales que nos guían. Las personas racionales, y especialmente los profesionales de los medios de comunicación, no sólo quieren alcanzar los juicios morales acertados, sino también colocar esos juicios en un contexto que les haga plausibles y comunicables. Sabemos, además, que es inevitable errar en algunos casos; si erramos sobre la base de una teoría generalmente sólida que hemos aplicado correctamente, al menos no se nos podrá acusar de un error de incompetencia. Y, cuando de hecho erramos, tener una buena teoría no sólo nos ayuda a rectificar el error, sino que proporciona luces que nos ayudan a evitarlos en lo sucesivo. En la práctica, refinamos nuestras teorías conforme las vamos aplicando, igual que los científicos con sus hipótesis, a la luz de nuevas pruebas experimentales. Los imperativos kantianos pueden aplicarse en la práctica sólo si se les da un contenido específico – si se dan de forma esquemática, de poco sirven –. Las directrices utilitaristas pueden guiar las decisiones cotidianas sólo cuando vienen acompañadas de pruebas acerca de lo que realmente hace feliz a la gente. Y una teoría que busca el equilibrio entre ambos tipos de principios (la especie de teoría que a mí me gusta), requiere mucho por vía de su aplicación concreta. No hay campo mejor que el periodístico, para el uso y el desarrollo de las teorías morales. Lo que he dicho tiene la finalidad de plantear algunos problemas – tales como aquellos que giran en torno a la objetividad, el equilibrio, la independencia, la confidencialidad y la propiedad en la publicidad –, que parecen requerir tanto el análisis filosófico como el escrutinio moral. No pienso que la investigación filosófica sea suficiente para resolver estos problemas por sí sola, pero sí puede que sea indispensable cara a su solución óptima, y desde luego puede ayudar para su mayor comprensión.

